

LA SALA DE LAS BALLENAS

EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL de Bergen se encuentra en la zona de la universidad, en lo alto de una colina desde la que se ve gran parte de la ciudad antigua. E inversamente, su fachada de grandes ventanales se ve desde cualquier parte de la ciudad. Las calles empinadas bajan directamente a los muelles y al mercado de pescado. Se trata de un edificio clásico historicista de mediados del siglo XIX, emplazado en unos jardines relativamente simétricos, formales. La fachada está pintada de un amarillo grisáceo, con los marcos y parteluces de las ventanas pintados de gris oscuro. No ha cambiado mucho ni por fuera ni por dentro desde que fue inaugurado en 1865.

Un sombrío día de marzo, cuando ya había empezado el deshielo y en todas las esquinas de Bergen había grandes montones de nieve mezclada con arena, empujé la intimidante puerta principal, y me encaminé escaleras arriba. Las paredes de la escalera estaban repletas de cráneos y cornamentas de venados y, a modo de portero, un esqueleto humano colgaba de una vitrina, pero no me pidió la entrada. Recorrí las salas con los consabidos pájaros disecados, ese

puntal de los museos decimonónicos: un búho blanco ofreciéndoles eternamente una presa a sus peluditos polluelos; cuervos de mirada apagada, muertos hace muchos años.

Y entonces se llega a la sala de más prestigio, la sala principal. Y según entraba por la gigantesca doble puerta me quedé atónita. El arquitecto debió de imaginar un salón grandioso —lo bastante grande para alojar un baile de proporciones considerables o una asamblea ciudadana—, con un sólido suelo de madera y columnas color crema elevándose hasta unos elaborados capiteles, grandes arcadas y ventanas en arco de medio punto, pero las ballenas echan por tierra toda la simetría buscada. Los esqueletos de las ballenas. Nada más entrar en la Hvalsalen, justo encima de tu cabeza, una al lado de la otra, como dos inmensos bueyes uncidos para tirar del arado más imponente, cuelgan las quijadas de dos grandes ballenas barbadas. Y no solo las quijadas, sino los esqueletos enteros: los costillares, los grandes abanicos de las escápulas y los huesos de las aletas, en los costados, y los largos rosarios de las espinas dorsales perdiéndose al fondo de la sala. Los huesos son marrones, oscurecidos por el tiempo, y no hay uno o dos, sino veinticuatro esqueletos de cetáceos apiñados bajo el techo. ¡Veinticuatro! ¡Como ballenas en lata! Unas miran al este, otras al oeste. Y también hay delfines, y en el suelo, subido a algo parecido a las patas de una cama, hay un tiburón cetorrino disecado, con sus terribles agallas, y en un rincón, el cráneo de un cachalote: sus circunvoluciones óseas, densas, complejas.

La Hvalsalen. La sala de las ballenas. ¿Se podría llamar de otra manera? Estaban todas, y menuda lista: las ballenas barbadas —el rorcual norteño, la yubarta, la ballena franca glacial, la ballena de aleta y la ballena minke o rorcual aliblanco—, incluso la ballena azul; y también las ballenas dentadas —el cachalote y el calderón o ballena pico de botella,

el narval, la ballena beluga y el picudo zifio de Sowerby—. Y pegados a las paredes, los delfines, en comparación, casi delicados, y las orcas.

Nunca había visto huesos semejantes a aquellos colgados por encima de mi cabeza.

Había asimismo vitrinas con criaturas marinas, esponjas, cangrejos, estrellas de mar, pero apenas les eché un vistazo, estando como estaba completamente embelesada por los esqueletos, por su estoica majestuosidad.

La ballena azul era, sin duda, la más grande de todas. Decidí caminar debajo de ella, cuan larga era, y contar mis pasos. Primero caminé bajo el leve arco horizontal de la quijada y del paladar, unas láminas de hueso atezadas por el tiempo de donde en su día habían colgado las barbas. Luego llegué a las compactas circunvoluciones del cráneo, seguidas de la caja de las costillas, cada una de las cuales se curva para encerrar y proteger no más que el puro aire. Seguí avanzando, sin dejar de contar los pasos. Al pasar al lado del tiburón peregrino, toqué furtivamente su piel fría, áspera como el papel de lija. Pasé al lado de un delfín, pequeño, ágil, camino de la puerta. Y la ballena azul seguía ahí arriba, encima de mi cabeza. Sobre el tiburón peregrino, colgaba un inmenso pez luna o mola, un objeto de aspecto inquietante colgado de un cable, semejante, como lo indica su nombre, a una luna negra con un ojo. Y todavía seguía caminando por debajo de la ballena, contando, hasta que terminó la espina dorsal. Cincuenta y siete pasos. Más un relato que un animal. El viejo marinero.

En una de las columnas centrales, cuidadosamente pintado en noruego y en inglés ponía: «No tocar los animales». Demasiado tarde. Los arpones de los balleneros las habían alcanzado, y el hierro de desollar. ¿De dónde, si no, podrían proceder? Seguramente todas tuvieron una muerte violenta,

en los tiempos de la industria ballenera. Una combinación de la caza de la ballena y del coleccionismo decimonónico: sin duda, alguien tendría que habérselas encargado a los capitanes balleneros: ¡Tráeme una azul! ¡Una beluga! ¡La cabeza de un cachalote servida en bandeja! Incluso había una ballena franca, franca porque se decía que era leal, colgando en su propio espacio, apretujada contra las ventanas, a la altura de los arcos.

A la manera de los museos antiguos, apenas hay una explicación o información alguna aparte de unos letreros pintados a mano colgados de los esqueletos: *Finnhval 1867. 15,7 m., Blahval. 24 m., Finnmark 1879.*

No obstante el peso de los huesos, la sala de las ballenas tenía un efecto onírico. Las vastas estructuras no parecían ofrecer reproche alguno. Más bien, te atraían.

Inalteradas durante un siglo, se habían conchabado para crear un espacio de silencio y recuerdo. La constatación de un hecho: «Éramos ballenas. Esto es lo que somos. Quédate aquí un rato y siente tú también lo que es ser un inmenso mamífero que surca los mares, necesitar que las aguas te sostengan y crecer de tal manera gracias a la hospitalidad del océano».

Inspirada por las ballenas, me senté en un profundo alfeizar. Detrás de mí, por los pequeños cristales de la ventana se veía la ciudad envuelta en una fría neblina. Encima colgaba la ballena franca. No había entrado nadie en la sala, había estado completamente sola. Pero entonces me llegaron unas agudas voces infantiles y el sonido de unas pisadas rápidas. Ahora el ambiente será otro, pensé, pero la infancia y sus maestros o maestras iban a otro lado y pasaron de largo, un efímero, brillante cardumen que atravesó veloz la Hvalsalen.

Salí del museo por la grandiosa puerta principal, y crucé la plaza delantera adoquinada. ¡Qué lugar tan extraño aquel! La presencia de todos aquellos huesos de ballena... Me habían empezado a obsesionar, por así decirlo, tanto que me quedé allí parada, sin saber qué hacer a continuación, ni adónde ir.

Por alguna razón, volví a mirar el edificio. En el primer piso, detrás de las tres ventanas centrales, se veía una figura espectral: la mano larga blanca de un esqueleto que ocupaba todo el largo de la ventana, visible desde toda la ciudad. Se trataba de la aleta pectoral de la ballena franca.

Y pensé: «Eso, quedarme un rato más». Me di la vuelta y entré otra vez.

Puede que no haya mucha gente a la que le gusten tanto las ballenas que quieran hablar sobre ellas, pero el caso es que dos conservadores del museo tuvieron la amabilidad de interrumpir su trabajo para recibirme. O puede que temieran tener que enfrentarse a alguien a quien todo aquel montaje le hubiera disgustado o indignado. Fuera como fuese, me recibió en primer lugar un joven fuerte y saludable, como tantos jóvenes noruegos; se llamaba Terje Lislevand y era ornitólogo de profesión. Acompañaba a otra persona de más edad, una mujer menuda de piel y cabello oscuro llamada Anne Karin Hufthammer, que era la directora de la sección de osteología. Por así decirlo, era la que hacía y deshacía en la sala de las ballenas. Huesos a porrillo.

Me condujeron a la sala de las ballenas y me hicieron una visita privada de una media hora. Hablamos de ballenas y de los restos de las ballenas. Me dijeron que probablemente la de Bergen era la colección de especímenes de ballena más grande del mundo, pero que no

era muy conocida. En realidad, todo el museo se había construido en torno a las ballenas. Desde aquí se habían intercambiado especímenes con el resto del mundo o se habían cambiado por otros objetos. Por ejemplo, habían enviado ballenas a Suiza. Se me pasó preguntar qué habían ofrecido los suizos a cambio, o si los suizos, tan de tierra adentro, sabían a qué estaban mirando cuando se les ponía delante una costilla de ballena. Puede que, de manera semejante a lo que le sucedió a Ulises con el remo, la confundieran con un mayal o bieldo.

Me mostraron un extraño ejemplar de narval *diestro*, al que el colmillo le salía del diente derecho, en lugar, como es normal, del izquierdo. Me señalaron los huesos pélvicos de estas inmensas ballenas, que eran pequeños y delicados, como barquitos de papel, y colgaban bajo las inmensas espinas dorsales. La doctora Hufthammer dijo que estos tenían un interés especial para los biólogos evolucionistas y que había muy pocos ejemplares. Estos huesos eran lo único que quedaba como evidencia de la estancia de las ballenas en la tierra, hace millones de años, en los albores de su historia evolutiva. Cuando las ballenas, o protoballenas, se echaron al mar, perdieron las patas y sus pelvis se encogieron hasta quedar convertidas en esto.

Entonces la doctora Hufthammer se detuvo delante de una vitrina, y me preguntó:

—¿Ha visto esto?

Dentro de la vitrina había un objeto esférico como de 60 centímetros de diámetro, denso y desagradable a la vista, semejante a un inmenso ojo negro inflamado. Era el corazón de una orca. Un motor biológico rojo oscuro y negro, del que se escapaba un trocito de aorta.

—¿No es una reconstrucción?

—No, no. Es un corazón de verdad, pero no sabemos cómo está conservado y no nos atrevemos a abrirlo para averiguarlo, por miedo a los productos químicos.

Me habría gustado contarle que en una isla de Escocia había visto orcas moviéndose a toda velocidad entre las olas y me podía imaginar ese corazón inmenso en acción, sus latidos. Me habría gustado contarle que en el Museo de la Medicina de Edimburgo me había familiarizado con ciertas formas y perfiles humanos, una pequeña chusma inalterable en sus tarros de cristal, cada cual con su propio significado, pero nada parecido a esto, a esta escala.

No sabía hasta qué punto sería un asunto delicado el de la caza de la ballena. Los noruegos todavía cazan la ballena minke; en el mercado de pescado, bajando la calle, se podía comprar su carne, pero por delicado que fuera no podía ignorarlo. Así que saqué el tema, diciendo:

—Supongo que todas estas ballenas fueron cazadas...

—En realidad, esta sala de las ballenas guarda cierto misterio. No hay documentación de cómo llegaron hasta aquí... o cómo consiguieron meterlas dentro del edificio... de cómo las prepararon.

Estábamos bajo las quijadas del cachalote, dirigiéndonos a la puerta, cuando Terje dijo:

—¿Sabe que el museo va a cerrar?

—¡Ah! No, no tenía ni idea... Pero ¿cierra para siempre?

—Estará cuatro años cerrado. Por obras y renovación. Del edificio, del contenido, todo. Nos tenemos que trasladar.

Después de 130 años, las oficinas y los laboratorios estaban embalando y trasladándose a diferentes sedes, a fin de crear más espacio expositivo. A su debido tiempo se abriría al público un nuevo museo de historia natural, acorde con los nuevos tiempos.

Había tenido suerte de ir entonces. A riesgo de ser un poco grosera, dije:

—Bueno, pues espero que esta sala de las ballenas no cambie. Se respira en ella una atmósfera...

Una atmósfera metafísica, si se quiere, en la que uno podía reflexionar sobre la actitud humana con respecto a las demás criaturas, con respecto a su dolor y nuestra rapacidad, y sobre la extraña belleza de sus formas. Eso es lo que sentía, en cualquier caso, pero no quería proclamarlo frente a aquellos serios científicos noruegos que acababa de conocer, quienes, después de todo, eran los responsables del lugar.

Sin embargo, empezaron a hablar entre ellos, y, aunque era en noruego, me dio la impresión de que el futuro de la sala de ballenas había sido objeto de mucho debate. Y entonces se echaron a reír, y Anne se volvió hacia mí con una sonrisa de satisfacción. Claro que lo habían debatido, y su postura era la que se había impuesto. Había vencido a los *minimalistas*, como ella los llamaba. La Hvalsalen no sería modificada.

—¡Qué bien!

—Será una exposición moderna y antigua al mismo tiempo.

Sin embargo, me siguió contando, había mucho trabajo por hacer.

—Todos los esqueletos están muy sucios. Incluso algunos son peligrosos: ¡se podrían caer! Mire...

Me condujo hasta las ventanas y me señaló la ballena franca, la que yo había visto desde la calle, la que me había hecho volver a entrar. A las que peor les había ido era a las ballenas francas. Ahora, siguiendo sus indicaciones, veía las grietas en las costillas, las fracturas, los trozos que se habían caído...

—Hay muchas dañadas. También, ve, ahí arriba...

Ahora me señaló a los últimos y afilados metros de la espina dorsal del rorcual común. Las vértebras se hacían más oscuras conforme se reducía su tamaño, hasta que las últimas presentaban un marrón tan oscuro como la melaza y con un aspecto igualmente pegajoso.

—Y aquí, en esta, también... ¿ve el color marrón? Es del aceite. Sigue soltando aceite, y el polvo se le pega...

—¿Todavía?

Pobres ballenas, ¿es que no sabían cuándo parar? El mismo aceite que había engrasado nuestra maquinaria e iluminado nuestras calles y nuestros salones, el aceite empleado en el jabón y la margarina. ¡Todo ese aceite! Ahí estaban, muertas desde hacía un siglo y todavía produciendo aceite.

Esa era la cosa. Dentro de muy poco, la sala de las ballenas se cerraría al público. Habían contratado a un equipo internacional de conservadores, y no tardarían en empezar a llegar. Durante dos años trabajarían con las grandes ballenas. Se les quitaría todo el polvo, el aceite y la mugre acumulados durante un siglo. Comprobarían que los esqueletos habían sido correctamente colgados, en cuanto a su anatomía. Aprovecharían para enterarse de todo lo que pudieran con respecto a la colección. Lo examinarían todo: los propios huesos, pero también las cadenas y los sistemas de fijación que soportaban aquel peso tremendo, a fin de que no hubiera peligro de que una quijada terminara cayendo y estrellándose en la cabeza de alguien.

—¿Las bajarán?

—No. Eso es imposible. Se derrumbarían.

En su lugar, el equipo de conservadores levantaría un andamio con plataformas, y se pasarían el día trabajando en las alturas, entre las propias ballenas.

—¡Qué proyecto tan extraordinario! ¡La limpieza de las ballenas!

Terje dijo que si quería volver más adelante en el año, cuando el equipo de conservadores hubiera empezado el trabajo, por ellos no habría ningún inconveniente. Posiblemente estarían encantados de tener alguna visita.

Cinco meses después, a finales de agosto, cuando el otoño empezaba a hacerse sentir en el aire de Bergen, subí por una especie de trampilla y tras encaramarme a un suelo de conglomerado, me encontré ahí arriba, a la altura de las ventanas de la Hvalsalen, al lado de la ballena franca, que acababa de ser limpiada. Era extraordinariamente clara... y parecía irradiar una densa luz amarilla. La palabra que se me vino a la cabeza fue *mantecosos*. Me refería a los huesos.

A mi lado tenía al director del proyecto, Gordon Turner Walker, cruzando de brazos, como si estuviera esperando un veredicto.

Mantecosa. Ahí mismo, delante de nosotros, colgada de las cadenas que la sujetaban al techo, la ballena entera, todos sus huesos pulidos, arreglados, parecía emitir una luz amarillenta.

—¡Cómo brilla! —dije.

—Por debajo se han decolorado; creo que ha sido por la luz reflejada de la nieve. Pero sí, han salido dos kilos de polvo. Así de ridículos somos: ¡hemos pesado el polvo! Así es la conservación, una vez que se establece el protocolo, no es más que una limpieza doméstica con pretensiones.

Me acerqué más. El esqueleto emanaba también un silencio, un aura, como se le quiera llamar, como si los huesos recordaran la carne que los cubría. Te podías arrodillar y mirar dentro de la caja de las costillas, semejante a un gigantesco muelle; o podías seguir el recorrido de la espina dorsal de un

extremo al otro de la sala, vértebra a vértebra, a la altura de tu hombro, ancha como el tronco ladeado de un árbol añoso. Entre vértebra y vértebra, donde en vida de la ballena había habido cartílago, habían puesto unos separadores de corcho.

—Son unas formas fantásticas... —dije, acariciando una apófisis espinosa... como las plumas en los cascos. Parece una fila de soldados romanos desfilando.

—¡Oh, no! —exclamó Gordon entre risas—. No me provoques, porque como empiece no paro. Me encantan los huesos.

Me quedé mirando un poco más, y empecé a darme cuenta de que, cuando te acercabas aún más, también olían a algo. Era un olor cálido y leve, en absoluto desagradable, y parecía salir de dentro de los huesos, como si al limpiarlos, se lo hubiera liberado de un largo encierro. Olían a algo remoto —¡y tanto!—, a algo de mis primeros días de escuela.

El tacto de aquellas vértebras era granulado, pero no frío, un tacto que recordaba ligerísimamente al de la cera.

—¡Las ceras de colores! ¡A eso huelen! A las más gruesas, *las regordetas*, las llamábamos.

—Probablemente se hacían con aceite de ballena —dijo Gordon— como tantas otras cosas por entonces.

Se calló un instante, y continuó:

—Sabes por qué se les llama ballenas francas, ¿no?

Asentí. El esqueleto parecía emitir un resplandor decimonónico. Uno se podía imaginar el tipo de luz que daría una de aquellas farolas alimentadas con aceite de ballena en cualquier calle de la era victoriana.

—¡Ajá! —dijo—. Un millón de ballenas convertidas en humo, ¡y esto es lo único que podemos mostrar!

Gordon era inglés, de Yorkshire, y llevaba años viviendo en Noruega; era conservador y, como no tardó en decirme, le encantaban los huesos. Eran su especialidad. Los huesos arqueológicos.

—Me apasionan los huesos; es un material muy bello, un material maravilloso...

Tendría más o menos mi misma edad, cuarenta y muchos, e iba todo de negro, tejanos negros, camiseta negra y una gorrita negra para protegerse del polvo. No sé si a él y a su equipo les agradaba tener visitas, pero llevaban bien el trabajo y tuvieron la generosidad de consentir mi presencia un par de días.

Dejamos a la ballena franca suspendida delante de su soleada ventana y bajamos. Habían puesto unos paneles de separación en el espacio debajo de las ventanas, a fin de crear un espacio para un taller temporal, un *Laboratorio para la conservación de las ballenas*, que atravesamos, y entramos en la sala propiamente.

Sin la luz natural, la sala, bajo la ocupación del equipo de restauración, era más oscura y más misteriosa que antes. Parecía un decorado teatral. Las vitrinas estaban cubiertas de paneles de conglomerado; la luz de los focos de arco rebotaba en los postes del andamiaje y hacía que las ballenas proyectaran unas sombras espeluznantes en el techo. A unos cuatro o cinco metros del suelo, bajo los tres primeros esqueletos, había una plataforma metálica. Y desde allí arriba llegaban voces, música, el ruido de una aspiradora que encendían y apagaban.

Pasamos debajo del tiburón cetorrino; estaba enfundado y metido en una especie de cueva; parecía un misil dentro de un silo. Entonces Gordon me condujo a otra escalerilla distinta, que llevaba hasta una trampilla que salía a la plata-

forma superior. La plataforma estaba construida con planchas metálicas, y se extendía por la parte posterior de las tres ballenas barbadas más grandes, las que estaban más cerca de la entrada, el rorcual norteño y la ballena yubarta, la una al lado de la otra, y, abriéndose paso entre ellas, las inmensas quijadas de la mismísima ballena azul. Y más allá de la plataforma, otras muchas más. A su debido tiempo, conforme el equipo fuera avanzando, irían trasladando la plataforma hacia el oeste: una lenta marea de limpieza pasaría y cubriría todas las ballenas.

La ballena franca, en su espacio privado, era un destino resplandeciente, *el después* de una colosal tarea con un *antes* y un *después*. De momento, sin embargo, subir aquella escalerilla era entrar en una extraña chamarilería situada en las alturas; se asemejaba a subir por la planta de habichuelas mágicas del cuento hasta el reino de la mugre. Desde el suelo no se veía toda la grasa ni la suciedad depositada en la parte superior de los huesos. Lo que visto desde abajo había parecido imperturbabilidad de las ballenas, allí arriba se percibía como un tremendo agotamiento.

Pero estaban trabajando en ello. A cada lado del costillar del rorcual, como preparándolo para un espectáculo, estaban Zina Fihl y Marielle Bergh, dos jóvenes, danesa y sueca respectivamente, cada una con su banco de herramientas, y una aspiradora entre ambas. Zina se quitó la mascarilla para saludarme. Al igual que Marielle, llevaba un mono de trabajo, y se había recogido el cabello rubio en una coleta. Del bolsillo del mono le sobresalía un cepillo de dientes, lo que me hizo sonreír.

—No me digas que estás limpiando una ballena con un cepillo de dientes...

—¡Pues es una herramienta fundamental! —me contes-
tó, riéndose.

- ¡El cepillo de dientes!
- ¡Y también los palillos!
- ¡Y los palitos de algodón!

—Lo intentamos con el hielo seco y el láser, pero no funcionaron, así que volvimos a los productos domésticos. Amoniaco y alcohol, un cepillo, y agua y esponja.

Me quedaban dos días. Zina me prestó ropa de trabajo con rodilleras y me permitió arrastrarme entre los esqueletos de las ballenas. A veces charlábamos, mientras ellas trabajaban; a ratos, yo deambulaba por el museo en penumbra. Y a veces eran tan amables que se paraban a enseñarme cosas, por ejemplo, cuando la conversación versaba sobre las barbas de las ballenas, como todas estas eran ballenas barbadas, Gordon me preguntó si las había visto alguna vez. Lo único que había visto eran las *ballenas* de los corsés de mi abuela, así que Gordon fue al almacén y volvió con algo que parecía exactamente un trozo de neumático, del tipo de los que se ven en las cunetas, dejados por los camiones que pinchan. El material, sin embargo, es el mismo que el de nuestras uñas, y este fragmento era tan duro que te podías golpear con él. Pero cuando son materia viva, cuando la boca de la ballena está abriéndose continuamente en el agua, las barbas son blandas y están deshilachadas por el roce de su inmensa lengua.

Estar ahí arriba, en la plataforma, en la presencia de estas ballenas, te permitía percibir diferencias en su anatomía, familiarizarte con ellas. Era como si pudieras imaginar —solo por sus esqueletos colgados de las cadenas— diferencias en el carácter que tenían de vivas. Supongo que basándose en algo parecido a la frenología, algo segura-

mente carente de sentido, todos consideraban que el rorcual era una criatura elegante.

—Femenina —dijo Zina, pasando una esponja por sus largas, esbeltas, costillas.

Grácil fue el adjetivo que empleó Gordon. Las costillas del rorcual eran finas, mucho más que las de la ballena franca y ciertamente mucho más esbeltas que las de la ballena yubarta. Las costillas más bajas se abrían mucho y, aunque parezca una comparación rara aplicada a una ballena, se asemejaban a las patas de una araña; casi flotaban en el aire, como si remaran.

Colgada al lado del rorcual, la ballena yubarta era más bien una figura divertida. Corpulenta... y sucia. Las yubartas, al parecer, tienen mucho carácter. Saltan fuera del agua, manteniéndose en vertical, para echar un vistazo al mundo exterior, se elevan y agitan las aletas... Y los huesos de esta, en concreto las escápulas, tenían un tamaño formidable. La yubarta parecía especialmente sucia, pero ya le llegaría su turno de limpieza.

—¡Oh! Esta no nos llevará mucho tiempo —dijeron—. Luego nos meteremos con la azul.

De momento, mientras aguardaba su turno, la yubarta servía de atajo. Diríamos que era una ruta alternativa. A fin de evitarse las escalerillas y las trampillas cuando querían ir de un lado al otro de la plataforma, los conservadores pasaban a gatas entre las costillas de esta ballena, entraban en su cavidad torácica, salían en cuclillas por el vientre y seguían su camino.

Hablando por aquí y por allá, me enteré de que la sala de las ballenas encerraba algún que otro misterio. Apenas había registro de cómo habían llegado las ballenas a Bergen, de cómo se prepararon para ser expuestas, de cómo se las logró

subir hasta la sala, se supone que por partes —si es que en verdad las habían subido por las escaleras—, ni de cómo las izaron para colgarlas del techo con cadenas.

Un misterio, como Gordon me había dejado claro, que tuve que admitir, aunque de mala gana. Fue cuando estaba mirando con admiración la pobre ballena franca, tan brillante. En ese momento me dijo:

—Adoro los huesos, pero ¿sabes lo que me gusta también mucho? Estas cadenas.

—¿De verdad?

—Completamente en serio. Me encantan los metales. Los metales encontrados en las excavaciones, sobre todo el hierro. Y estas cadenas... ¡míralas! Forman parte de todo esto... Es como si las ballenas fueran gigantes a los que hay que contener. Están hechas artesanalmente, forjadas con procedimientos manuales. No sabemos cómo llegaron hasta aquí las ballenas, pero desde luego en el lugar debía de haber un herrero muy bueno. Y también los clavos, ¿ves? Todas las piezas metálicas que sujetan estos esqueletos, todo está fabricado artesanalmente. Hoy no se podría hacer. Tal como yo lo veo, esta sala es un monumento a las ballenas —su único monumento—, pero también es un testimonio del trabajo de esos hombres.

Entendía las razones de Gordon: colgaban ahora en un silencio monumental, pero cada una de ellas debió de suponer un trabajo atroz, fuego, vapor y el fragor del martillo de los herreros, y también peligroso. La sala de las ballenas no era un espacio grande. Que cupiera una ballena azul entre sus paredes era un misterio, algo parecido a cuando ves un barquito dentro de una botella. Pero todos los clavos y tuercas seguían recordándome a Frankenstein.

En cuanto a cómo llegaron allí, aunque no hubiera muchos registros, se podían deducir algunas conclusiones. Terje

había comentado que las pavorosas fechas de 1867 y 1879 que se indicaban en los letreros que colgaban de una o dos ballenas —pavorosas en los anales de las ballenas, claro— así como el lugar, Finnmark, coincidían con la invención del arpón explosivo y la apertura de una estación ballenera en esa provincia noruega. Antes de ese salto de gigante para la humanidad, la velocidad de los rorcuales o ballenas de aleta hacía casi imposible su caza. Pero puede que otras quedaran varadas en las costas. Sucede a veces.

Varadas o cazadas, quedaba la bonita cuestión de cómo —y dónde— habían sido evisceradas. Dónde y cuándo habían sido reducidas a puros esqueletos. Había una sola fotografía; en ella se veía una pequeña ballena cargada en una carreta a la entrada del museo. El jardín, con sus lindos estanques poblados de nenúfares, parecía el lugar más probable.

—¿Y cómo lo hacían?

Estábamos junto al rorcual norteño, con sus cincuenta metros de largo, los tres conservadores entregados a la limpieza, con los algodones y los cepillos. Y Gordon me hizo un gesto para que me acercara a la ballena yubarta.

—Bueno, pues... estos, por ejemplo, me parecen *arqueológicos*. Lo que quiero decir es que esta ballena estaba enterada. Podríamos tomar muestras, y encontraríamos restos de tierra y raíces, indicaciones bacteriológicas. Y en cuanto a las otras... pueda que las hirvieran, por lo menos a algunas.

—¿En un tanque inmenso?

—Sí, eso es, lo habrían hecho exprefeso. Cortarían la mayor parte de la carne, y hervirían el resto. Y luego, de algunas maneras, las meterían dentro y las subirían hasta aquí.

Más tarde, en un descanso, frente a una taza de té, les pregunté a las conservadoras si para ellas aquello que estaban limpiando eran objetos o animales.

—Animales —respondieron al unísono.

Varias veces oí las palabras *derroche* y *matanza*, y *holocausto* y *vergüenza*.

Cuando dijeron aquello de «no es más que una limpieza doméstica con pretensiones», las conservadoras exageraban, sin duda. ¿Cómo se acomete semejante tarea? ¿Cómo acometer la tarea de limpiar veinticuatro esqueletos de ballena que llevan 130 años colgados del techo? ¿Con lo que cuesta hacer la limpieza general del cuarto de baño de tu casa!

—Empiezas por evaluarlas. Buscas posibles problemas, roturas, cualquier cosa que necesite reparación. Examinas y valoras antiguas reparaciones y consideras si se podría hacer con mayor sensibilidad. Lo limpias todo. Vuelves a evaluarlas, y reparas todo lo que necesita reparación.

Su trabajo requiere un amplio conocimiento de química orgánica; estaban prácticamente seguras de que una parte del enlucido antiguo había sido pintado encima con una pintura con una base de plomo, así que sabían que no sería fácil eliminarla. También requiere tener la sensibilidad del artesano con respecto a los materiales y saber cómo esos materiales responden a las diferentes condiciones, cómo se degradan y reaccionan con el aire y entre sí. Habían hablado de *sensibilidad*, como cuando uno se refiere a *una restauración llevada a cabo con gran sensibilidad*. Les preocupaba el futuro, que las cosas se conservaran en buen estado en el futuro. La sensibilidad y el futuro preocupaban ahí arriba, entre los esqueletos de las grandes ballenas.

No solo trabajaban con huesos. En un momento dado, Zina fue requerida fuera para aconsejar sobre un león de piedra que se estaba descomponiendo.

Entendía que disfrutaran con su trabajo. Con la tarea, casi forense, de descifrar qué había sucedido en el pasado, unida a la necesidad de tener en cuenta el futuro. Las cosas que consideramos que merece la pena conservar; es decir, que se diría que somos los árbitros de muchos destinos. Solo quedan 4 000 ballenas azules. En el momento de su liberación, la moratoria de los años 1960, habíamos masacrado unas 350 000.

A la mañana siguiente, encontré a Gordon ocupado en el taller, lo que llamaban el *Laboratorio para la conservación de las ballenas*. Estaba rayando un trozo de corcho con una lima de metalúrgico. Luego rascó la lima y depositó el polvo de corcho en un cacharrito. Sobre su mesa de trabajo había una serie de objetos que recordaba a aquel juego al que jugaba el protagonista de la novela *Kim*, de Ruyard Kipling: una brújula, un estropajo, una regla y una costilla de ballena de un poco más de un metro partida en dos.

—Estoy intentado encontrar el mejor material para reparar ese hueso.

—Estás haciendo una especie de estuco, ¿no?

—Nunca utilizamos estuco... tiene calcio, así que nunca se emplea en el hueso. Quien vaya a examinarlo en el futuro tiene que poder distinguir lo que es original y lo que es reparación, a nivel histológico.

Luego mezcló el polvo de corcho que había extraído con un material adhesivo llamado Paraloid. Si resultaba ser lo bastante duradero y flexible, haría la cantidad suficiente para rellenar la cavidad en la costilla de la ballena.

—Estáis haciendo algún tipo de trabajo científico con los huesos, ¿no? Me pareció oírsele decir a la doctora Hufthammer.

Reparé en que en la quijada del rorcual habían practicado recientemente un agujero, como con uno de esos utensilios de cocina para quitar el corazón de las manzanas o ahuecar las patatas.

—Probablemente con la idea de extraer muestras de ADN de una ballena que vivió antes de que se produjera el *cuello de botella*. Si lo comparan con el ADN de las ballenas vivas, pueden saber cuánto se ha reducido el banco genético.

El *cuello de botella* es una expresión que se emplea en biología cuando a consecuencia de alguna catástrofe desaparecen tantos ejemplares de una especie que solo sobreviven unas cuantas parejas, las cuales son las encargadas de reproducirse para repoblar el futuro. Si es que llegan a sobrevivir también.

Mezcló la poción con un palito.

—¿Y creéis que la población de ballenas llegará a recuperarse?

Supongo que es una tontería hacer una pregunta así. Necesitan unos océanos limpios, tranquilos, fríos y con suficiente alimento. Pero uno nunca deja de esperar respuestas tontas, como: «Sí... todo saldrá bien... toda suerte de cosas acabará bien».

—Bueno... para decirlo de una forma poco delicada, no follan mucho.

Gordon puso a un lado la mezcla de corcho y pegamento, para irse.

—Es un trabajo que requiere tanta paciencia...

—Como todo lo relacionado con la conservación.

Descubrí que, si me sentaba bajo las tremendas quijadas de la ballena azul, como debajo de una marquesina, podía ob-

servar lo que pasaba en la sala sin estar por el medio. La quijada de la ballena azul y las láminas óseas de su paladar ya suponían en sí mismas una fuente suficiente de fascinación. Ahí arriba, en el cielo de la boca, se distinguían antiguas intervenciones y reparaciones, que el tiempo había teñido de un color marrón, pero estaban demasiado altas para tocarlas. Una batería de clavos marcaba el sitio donde habían estado las barbas, que originalmente también estaban expuestas; los clavos las sujetaban, pero habían sufrido la invasión de una plaga de insectos en los años 1930, y las habían quitado. Había alambres que sujetaban trozos de hueso sueltos, y clavos y pegotes de yeso y tablillas. Intenté admitir lo que decía Gordon sobre el trabajo artesanal, pero allí donde en vida había habido un suave tendón o un músculo o un cartílago, ahora había metal; la labor del océano para sostener la mole de la ballena la hacían ahora las cadenas y las barras metálicas. Nadie había llegado a dejar impresas sus iniciales, pero daba esa sensación, semejante a la de un árbol añoso, de que habría provocado a quien lo encontrara a su paso a dejar una marca personal.

Durante mi visita, me senté dos o tres veces debajo de la quijada de la ballena azul o, incluso, dentro de su caja torácica, rodeada por la gruesa reja de sus costillas. Te acostumbrabas a la escala, incluso a mantener una conversación en ese ambiente. Sentarse dentro de la caja torácica de aquella inmensa criatura se parecía a estar en un taxi muy extraño atrapada en un atasco.

Pero se podía experimentar un poquito con la imaginación. Sentada dentro de la ballena azul, mirando hacia atrás, podías seguir el recorrido de la espina dorsal suspendida a lo largo de la sala, curvándose levemente y continuando entre las otras ballenas, sujeta cada pocos metros por aquellas cadenas y varillas, hasta que terminaba

estrechándose a lo lejos. Luego, claro, venía la cola, con el ancho de un pequeño aeroplano, y la seguías también. Pese al tamaño, y con un mínimo esfuerzo, podías salirte de ti misma e imaginarte que aquel era tu cuerpo, moviéndose por el océano. Podías empezar a imaginarte cómo sería ser una ballena azul.

Me sentaba allí mientras los otros trabajaban, y deseaba, como tantas otras veces, saber dibujar. Entonces dibujaría las grandes formas esculturales y las sombras que se arqueaban sobre mí, a mi alrededor, las formas afiladas de la apófisis espinosa, como alejándose en fila india. Dibujaría escenas semejantes a las de los artistas de guerra, especialmente las de Muirhead Bone, cuyos dibujos muestran figuras subidas a andamios trabajando en unos fuselajes más grandes que ellos mismos. Esto, claro, era a una escala más pequeña, pero observar al equipo de conservadores, unos arrodillados, otros estirando los brazos al máximo, o moviéndose entre los esqueletos de las ballenas, todos vestidos con ropas de trabajo y mascarillas, te daba una idea parecida.

En mi segunda tarde, merodeaba por la caja torácica de la ballena azul, mientras Marielle y Zina trabajaban en sus puestos, junto al rorcual norteño, cuando Gordon, que salía de una reunión, subió por la escalerilla y al pasar a mi lado algo le llamó la atención.

—Mira, esto es una fractura —dijo, y entró en el vientre de la criatura y pasó la mano por una costilla del lado izquierdo de la ballena. La costilla se engrosaba en un punto, como en el tercio inferior, y luego volvía a su grosor normal—. Se rompió por ahí y luego se soldó sola.

—Me pregunto cómo se le rompería.

—Quién sabe. Puede que en una pelea. O puede que se golpeará con un barco.

—Supongo que para romperle una costilla el golpe tiene que ser muy grande, ¿no? —dije—. O sea, con toda esa capa de grasa por encima.

—Pero lanzaría una onda expansiva... Y mira el lateral, ¿ves las raspaduras es esa costilla? A esta le extrajeron la grasa...

Llegó un momento en el que parecía ridículo seguir allí simplemente mirando y preguntando. ¿Y si les pedía que me dieran tarea? Eso podía hacerlo.

Marielle y Zina, sus voces amortiguadas tras las mascarillas que se ponían para protegerse del amoniaco, seguían trabajando en el rorcual, y todavía les quedaba bastante tiempo para terminar su limpieza.

Así que les pregunté desde donde estaba:

—¿Puedo ayudar?

—¡Pensábamos que nunca lo ibas a preguntar! Venga, vamos a buscarte una mascarilla.

Pasé entre las costillas de la ballena yubarta al lado en el que estaban ellas, y me encontré a Marielle sentada bajo su columna vertebral con una costilla del rorcual en el regazo. Habían aflojado algún tornillo y la habían separado para limpiarla mejor. Había otra esperando su turno de limpieza. Así que me senté a su lado, con las piernas cruzadas y una costilla de rorcual atravesada en el regazo, un pedazo de la labor evolutiva, curvo y afilado, levemente retorcido y con un engrosamiento en el extremo, semejante al de un palo de golf.

Marielle me enseñó lo que tenía que hacer. Primero había que pulverizarla con la solución de amoniaco que tenían en un aspersor de plástico; luego, con un cepillo del tipo de los que se utilizan para lavar los platos, frotas el amoniaco por toda la costilla, siguiendo la veta del hueso. Finalmente

le pasas una esponja, así de fácil, e inmediatamente se desprende la oscura capa de suciedad. El hueso emerge más luminoso, más brillante. Es un trabajo gratificante.

Marielle, con su largo cabello pelirrojo recogido, se concentró en su costilla, y yo en la mía. Zina, de pie al otro extremo de la ballena, limpiaba su columna vertebral con el aspirador, que encendía y apagaba intermitentemente.

Era media tarde, ese momento de calma. Apenas hablábamos. Marielle estaba haciendo una tesis sobre la colección de ballenas del museo. Ella era la que estudiaba meticulosamente los registros y los dietarios, intentado trazar una historia de la sala de las ballenas. De día limpiaba huesos, y por la noche buscaba las claves de cómo llegaron hasta allí aquellos huesos.

—Los documentos están en noruego, ¿no?

—Sí, pero lo entiendo bien, aparte de algunas palabras.

Había trabajado en museos en Londres, y me contó que el trabajo con el que soñaba era ayudar a conservar la cabaña de Scott en la Antártida.

Si no fuera por el hecho que estábamos a varios metros por encima del suelo, podríamos haber sido las criadas de alguna gran mansión, a las que se les ha ordenado limpiar la plata. Era una tarea absorbente. Frotábamos con ahínco las partes más difíciles de nuestros huesos respectivos y, por supuesto, utilizamos los palillos de dientes provistos para sacar, como si fueran bígamos, los pequeños depósitos de porquería. Pronto le llegaría el turno a la yubarta y luego a la ballena azul.

La ballena azul esperando un nuevo detalle por nuestra parte, el palillo de dientes. En este momento, ya les habremos dado todo lo que podríamos darles. Ya habrán recibido toda la gama de las *atenciones* humanas: desde el

arpón explosivo hasta el hierro de desollar, pasando por la esponja y el palillo de dientes.

Gordon subió por la escalerilla, estaba satisfecho con la mezcla de corcho. Era lo suficientemente flexible y fuerte para rellenar las cavidades de la costilla rota de la ballena franca.

Las voces de las jóvenes restauradoras y el sonido de sus cepillos. La presencia, como onírica, de las ballenas.

—¿Habéis visto ballenas alguna vez? —le pregunté a Marielle—. Vivas, quiero decir, ballenas vivas.

—¡No! Ninguna de nosotras. Justo hablábamos de esto el otro día. Deberíamos intentarlo; nos pasamos todo el día con ellas, aquí...

—Y habéis llegado a conocerlas tan bien, ¿no? Todas sus diferencias. El carácter de cada especie...

—A mí me encantaría ver una ballena viva...

—Deberíamos ir juntas —dijo Zina—. Formando un equipo...

—Claro que deberíais —dije—. De verdad, intentadlo. Aunque luego no se vea tanto... Un golpe, un lomo, una aleta o una cola. Hay que imaginarse todo esto...

La observé volver la costilla en su mano enguantada, evaluando su estado de limpieza.

—Está quedando bien.

Esto de limpiar huesos tiene algo de magia. Algo de antiguo cuento de hadas. Algo prehistórico, tal vez. Todos esos monumentos funerarios neolíticos llenos de huesos limpios.

El extremo de la costilla que limpiaba Mariella descansaba en un trozo de gomaespuma para que no se estropeará. «No

toquen los animales». A veces no puedes dar crédito a las cosas que es capaz de hacer nuestra especie.

Pulvericé un poco más de amoníaco en mi costilla, le volví a pasar la esponja. De un lado al otro de la sala, una multitud de ballenas esperaba su turno de limpieza, inmensas, como llegadas de otro mundo. No, no de otro mundo. De este, realmente, donde llevan mucho, mucho tiempo, desde mucho antes de que apareciéramos nosotros.

Giré la costilla y le di con la esponja. ¡Qué vergüenza para nuestra especie!

—¿Cómo tiene que estar de limpia?

Sin darme cuenta, había hecho la pregunta del millón para una conservadora. Mariella sonrió.